

El Teólogo

daniel bernardo grimberg



Capítulo 1

El Teólogo (por Daniel Bernardo Grimberg)

I

Hemos llegado, y nos encontramos radiantes, con abundantes ganas en la aproximación de un septiembre. Resucitábamos de otros tiempos, de otras existencias envueltas en la vaguedad, pero el amor que nos sentíamos estaba más allá de las convulsiones y alejaba las suertes de peligros que se establecían al abrírnos paso. No huíamos de nuestro compromiso testimonial. Fuimos hasta donde habíamos decidido ir, y nunca fuimos gentuza fugaz, sino personas de bien cuyas almas estaban sedientas; anhelábamos destruir a las contingentes fatigas que nos delimitaban en la imperfección. Éramos pacientes, arrugábamos nuestros ceños frente a las mentiras, nos exaltaba el prodigio de respirar, y con la necesidad de nutrirnos de nuestros ecos sonoros, nos referíamos a las contenciones morales de las aiosas enseñanzas. Asimilábamos con rapidez a aquello que veíamos sin que se pervirtieran nuestros dones. Desde Las Ciénagas habíamos superado al camino de monotonías, y ningún parapeto nos detuvo. Buscábamos algo que no fuera un recuerdo ni un argumento fastuoso, sino un signo de que no hacía falta pasar hambre para arribar a la eternidad. Los tres abordábamos la vida con escasos recursos, sin embargo, no sacábamos conclusiones dramáticas; nos aturdieron un poco las luces de la ciudad que no eran similares a aquellas tan lejanas que mandaban las estrellas (las que si eran contadas, hacían que uno se perdiera en el infinito).

No nos prohibieron ingresar, ni éramos buscados por la policía., nada de eso. Dábamos la imagen de una impecable familia que nunca estuvo a la deriva y se adaptaba a las metamorfosis cotidianas. Sabíamos que en la Ciudad no había luciérnagas, ni gallinas que anduvieran empollando, ni huertos de los que se podía raspar algo que comer.

Éramos campesinos, y no refugiados; a lo sumo gente normal de los valles con algo de inocencia en éste terrible mundo en el que estábamos resignados a plantar bandera. No nos escapábamos, no jugábamos, tampoco nos desmadrábamos en la torpeza o en lo insólito. Y nos regocijábamos con una pasmada introspección ante los inmensos territorios hechos con cemento. Nos adentrábamos por las calles imaginando al cúmulo de posibilidades que se nos abrían. Y expresábamos nuestra fe al principio de cada jornada, cuando a nuestras manos las doblábamos sobre los fierros de los carritos que tironeábamos con

mercadería

Habíamos sobrepasado al ámbito que nos relacionaba con un pesado pasado en la tierra con el objetivo de situarnos dentro de la moderna Ciudad llena de automóviles y carteles publicitarios (los primeros encarnaban óptimamente lo que habían sido las bestias del campo). La gente pasaba sin saludar al otro, o exhibiendo costumbres de lo más indiferentes. El movimiento se observaba durante las horas diurnas, y no se escuchaban gritos o llantos, ni se hablaba de lo glorioso, o de lo pobreza, o de algo que se mezclara con la sinceridad. La perspectiva era la de transitar hasta que aguantaran las piernas.

Ocurrió lo que tantas veces hemos descreído y hasta entonces jamás se había cumplido: en una madrugada dejamos de depender del consejo de la naturaleza, y de los diseños coloridos incluidos en la cúspide celeste, con la idea de guardar un estricto tesón que se enfrentaba con la grave sospecha de no hacer nada. Trabajábamos hasta que el vértigo con que se arribaban las noches nos volvía más lentos. Nuestro advenimiento sobrevino armoniosamente, y nuestros corazones que tantas veces susurraron, gritaban de alegría. ¡Estábamos en la ciudad con la urgencia de adquirir una ubicación! Recorriamos las líneas rectas de las calles, las uníamos o separábamos de acuerdo a la dirección de nuestros pasos; perpetuábamos al movimiento sin que nos importase que arriba no hubiese nubes o se desplegaran tormentas. Con mi mujer y mi hijo no nos fatigaríamos por los campos en los que confluían las espinas con los rastrojos. Y los oscuros barrancos ya no eran las burdas analogías que denotaban el aislamiento de nuestras existencias. Creíamos que los días aparejarían la entrañable probabilidad de hacernos felices, y nos alejarían del siglo venal.

En el principio Jeremías decía no querer polemizar, después su postura se tornó cínica, se hizo un acróbata a favor del engaño. Hablaba de cuáles eran los epígrafes que había que poner en las tumbas de los muertos, y que éramos momias aprisionadas ya que las preocupaciones eran los únicos condimentos que tenían nuestras vidas. Sus heridas íntimas eran una prueba palpable de la derrota; quería suprimir la digna arquitectura que habíamos creado al establecernos en la sibarita ciudad. Se atoraba con una desgraciada ironía (a la que acudía cuando quería mostrarse fáctico). El joven nunca centró su alma en lo esencial ni congenió con pensamientos piadosos, por el contrario, se deleitó con lo apestoso, e hizo múltiples especulaciones con la arrogancia de borrar las nociones esenciales que yo le había transmitido. Estaba exento de paz, y decía que no le gustaba el frío ni el desamparo de la calle.

Desde chico había entendido a la rebeldía cómo imprescindible, y en su revuelta mente magullaba a sus ansias. Su queja fue la marginalidad que lo hacía sentirse insignificante, y no quería que entrara en su cuerpo la vivificadora sangre que transportaba el Cáliz. Mi hijo se enfrascaba con

rencor hacia contemporáneos que no eran modelos de nada, y al multiplicar sus periplos ganó fama de indomable; hacia valoraciones personales de lo que en apariencia eran inacabados milagros.

Iba hacia donde se le antojaba y se adueñaba de lo que le parecía bueno en minutos en los que no mediaban zozobras ni patetismos; se allanaba a los caminos pasajeros.

Habíamos efectuado su Confirmación en una parroquia cercana, pero para él hubiera sido la misma banalidad que esta fuera dicha en guaraní, francés, o cualquier idioma foráneo. Sostuvo la temible presunción que aquello no arreglaría nada y nunca había ordenado de forma verbal al universo. A lo sumo se trataba de convenciones y disfraces, y no de algo que lo propalaría a la madurez. No obtenía el goce por saber que su naturaleza había sido aprobada por Dios (quien desde que el joven había estado en el vientre de su madre adivinó sus verdaderas intenciones). Y afirmaba que ya no se pondría máscaras frente al destino, y que vencer al hambre era no dejarse devorar. Cuando miraba de frente reproducía en su rostro a voraces espasmos y en general al tedio.

Había despreciado con algarabía a los misterios dominicales. Jeremías era un complejo muchacho que siempre mascullaba cuestiones odiosas mientras se recostaba los bancos de cemento de los parques, mirando al cielo sin pensar en nada. De acuerdo a las defensas que argüía en esa soledad (que podía durar una completa tarde), la dura realidad lo deformaba o al menos quería trastornarlo. Porque desde el absurdo se hacía hombre, y tenía que comprometerse. Sentía que estaba en el ojo de la tormenta, y en cualquier momento lo desalojarían de ese lugar.

Yo le explique que tuvimos que trasladarnos a la monumental Ciudad para asegurarnos que no estábamos muertos. Por el contrario, estábamos dispuestos a descifrar aspectos recónditos de la vida, retrasar a nuestros cansancios, y resistir a lo tóxico. Éramos poderosos, aunque tuviéramos alguna que otra disidencia con los demás, y si oscilábamos por zonas ambivalentes era a causa del desarraigo. Porque el tiempo se trataba de una efectiva inspección que nos hacíamos, pero lo único válido era la Eternidad. Él se revolvió el pelo, y contorsionando una sonrisa, me dijo que eso no le infundía ninguna inquietud.

Le volví a explicar que conseguiríamos habitar una casa grande si nos abrazábamos durante los períodos de niebla en los que no entendíamos en donde estábamos parado. Nuestra vida era repudiar lo falso que nos enredaba en los pequeños corredores de los depósitos de chatarra y en las largas avenidas, y estudiar la Revelación con sus genuinas promesas. Seríamos hombres ejemplares si hacíamos labores provechosas, e interiorizáramos con ímpetu a las maravillosas imágenes sobrenaturales.

Habíamos atravesado un gigantesco mapa para pisar con pasos desnudos a los anchos pavimentos, abriendo bien los ojos para escapar de las carencias que nos imponían el estómago, y dispuestos a amasar nuestras vidas entre la oscuridad y las luces eléctricas. Éramos una familia que se transfiguró por el desastre del desastre de perderlo todo, y se embarcó con un auténtico celo por el dilatado país, sintiendo a los azules cielos como amistosas terrazas a las que podíamos subir a través de la Oración.

Cómo padre siempre le presté atención, y le exigí conductas apropiadas. Seguramente fui intenso, pero la virtud se construye merced a una ardua vigilancia, y al repudio a las vanidades y lo frívolo. Le pedí que efectuara algunos sacrificios que no desgastarían sus fuerzas, sino que las redoblarían. Le hablé bastante, ya que él tal vez sentía anhelos por las borrascosas regiones que habíamos dejado atrás, aquellas áreas que permanecían en nuestra imaginación sin mutaciones, donde nos sentíamos con derechos (aunque no poseíamos nada) y nos asíamos a la azada en la cosecha de la que sacábamos un poco de pan. Pero los campos atrapaban a los hombres hasta convertirlos en huesos, por lo que decidimos no conformarnos más con esos moldes. Y ni hablar cuando las aguas se hacían devastadoras, o los caminos se llenaban con lodos que eran capaces de estropear a la totalidad.

No le pude precisar si nos movió la pasión de vivir o la idea de encontrar una cura a la muerte... esa lentitud me dio la ventaja de esperar a que el paso del tiempo me entregara alguna información clave, o cierta honestidad que no fuera manoseada por circunstancias advenedizas. No teníamos más que percibir al movimiento del tiempo con la ilusión de que éste nos sustentaría; las cosas no dejarían de ocurrir puesto que el vacío nunca tuvo contenidos. Supliríamos a la apatía y la ausencia de creencias sólidas, ya que éramos mucho más que pájaros que se mueven en concordancia con las corrientes de aire, y que al morir caen a tierra hinchando inútilmente los pechos. Éramos hijos de Dios en cuya diafanidad imprimíamos nuestro sentido. Él nos organizaba en el tiempo siempre que nuestra voluntad fuera sincronizarnos a sus previsiones.

En la Ciudad Jeremías iba a comprar el pan en fracciones menores al kilo. Caminaba con enhiesta apostura hasta el negocio, mascullando algo que parecía el juramento de que jamás se quebrantará, y su talante era más que soberbio, inflexible. Haría las cosas de acuerdo a lo que demandaba su vocación, y no como dictaminaban los dominantes de turno. Enseguida alegaba que le estaban dando de menos, y exigía al empleado que agregara dos panes. Y agitaba a sus puños en el aire para obligarlos a que meditabundos se acaricien sus barbillas.

Así el jovencito liberaba a su adrenalina, y se hacía del pequeño triunfo de hacer a los otros cavilar, y que aceptaran que la columna vertebral de la balanza podría estar algo defectuosa y registraba erróneas cifras.

Entonces Jeremías volvía alborozado como una víbora de cascabel, y caminaba bajo las sombras de los paredones con una rutina de pasos ariscos, habituados a emprender la fuga en cualquier instante. Creía que para ser él mismo tenía que someter a los demás, ya que nadie se ponía de acuerdo en ayudar al otro a no ser que se lo sacudiera con violencia. Para él, ese era el patrón de conducta de los que esperaban que generosos eventos se sucedieran en el futuro.

Después de hacer esas irrupciones comerciales explicaba por qué no había que ser ridículamente sentimental. El acto de comprar pan se convertía más que en un acontecimiento individual, en su dotación cósmica que lo situaba firme dentro de un mundo inmenso y vacilante. Sólo requería flexionar un poco los músculos, mantenerse erguido con la cabeza echada para atrás, y enunciar claramente lo que se pretendía. Y gozaba si fundía en terrores al rostro del ocasional infeliz.

La risa de Jeremías era cristalina y escalaba ágil de sus pulmones. Y sus deseos no se incorporaban al mundo, sino que le daban existencia. La aspiración más importante de la humanidad se resumía en aquello que él tenía ganas. Y únicamente la gente se correspondería con la armonía universal, si no emplazase disonancias entre sus peticiones y las circunstancias que nunca debían ser perezosas. Presumía que al ir a comprar el pan verificaba su recia voluntad propia de un ganador.

La gentuza era la intuición que mi hijo tenía de aquellos que llenaban los espacios, los que se inflaban con molestia para negarle cosas. Por lo que bordeaba por sus contornos con la astucia que alguna vez se atribuyó a una serpiente, y subrepticamente robaba o largaba imprecaciones feroces.

Mi mujer Ofelia fue la que armó nuestra carpa sin necesidad de disentir con nadie. Lo hizo en una noche con la palpable obsesión de cobijar a su familia, con el entendimiento que esa era su más grande oportunidad de expresarle su amor. A esta la estableció en un lugar no mancillado con barro, creando un refugio dentro de cual se hacía de cuenta que no existían los ruidos de la calle, y siempre se festejaría a lo fascinante, aunque los pronósticos fueran negativos.

Ofelia, sin ser demasiado ambiciosa, dotó a nuestra familia de una esfera de autonomía, mientras yo trazaba las cruciales líneas de nuestro peregrinar. Habitábamos en esa forma estrecha y satisfactoria, ya que apelábamos a antiguas sabidurías para sostenernos, y que los vientos no derribaran a los toldos que conformaban nuestro hogar. Ella no hablaba mucho porque entendía que las alternancias de palabras podrían romper al orden o ramificar los espejismos. Su silencio nos permitía oír como cantaban los pájaros que planeaban entre las grises aberturas que ofrecían los techos de las torres de departamentos; era como si los

horneros improvisaban citas de la biblia con una bravura extraordinaria.

El mutismo de mi mujer era más fuerte que cualquier voz que se hacía oír, y consolidaba a nuestra privacidad. Esa era su admirable forma de decirnos que nos amaba (junto con el aroma de las comidas que preparaba con sus manos).

Ofelia preconizaba que la ofuscación no estaba al mismo nivel que la gracia del Dios justiciero. Teníamos que imitar a la estabilidad de los pájaros cuando se suspendían por los aires, y se aunaban con claridad en el horizonte en tanto no existiera la aberración de las tormentas. El vivir era un trayecto en el que no se debía incurrir en averías morales, y en ningún momento ella temió perderse o que el azar la hiciera desembocar en un sector desconocido. Caminaba un poco comprimida porque no se reconocía en los arreglos sociales, pero manejaba un enorme optimismo frente a las ocultas propuestas del devenir. Nunca huía, y sólo se mostraba turbulenta cuando la lluvia arruinaba nuestras elementales posesiones.

Las veces que reía, lo hacía luego de cantar con nostalgia las azoradas coplas que entonábamos en los sembradíos. Había jurado con fatalidad que emprendería los mismos caminos hasta el día en que lo construido se perdiera irreversiblemente. Y no había por qué rebelarse frente al paso del tiempo, ni por la magnífica eclosión a la que habría que atenerse. Se trataba de algo fructífero el esperar que se acabe lo que alguna vez había tenido plenitud, y ver como lo anterior se desdibujaba. Su dicha consistía en continuar, dentro de lo posible en la búsqueda de un modesto lugar en el mundo. Desarrollaba pocas pretensiones, y se asombraba frente a las suaves gotas de rocío que no sólo mojaban los asfaltos, sino que en el verano traían un alivio inconmensurable.

Y con la idea de evitar las constantes conspiraciones que llevaban a cabo los demonios, fue una asidua visitante de la Iglesia del Padre Raun, que estaba en una zona alta, y en raras ocasiones sus puertas se clausuraban. Hasta esos atrios abiertos llegaban los humildes, y los decrepitos que conservaban su espiritualidad después de atravesar a los desfasados caminos cargando las brumas que se suspendían dentro de sus almas (esos hombres de fe iban para ser reconciliados antes de que llegara el fin de los tiempos).

Vivir en un lote vacante de la ciudad se constituyó en un privilegio que no presentía deudas. Éramos libres, y si sentíamos frío agregábamos a nuestras vestimentas papeles de diario que eran tirados junto con las hojarasca. Teníamos algunos derechos exclusivos y errábamos ajenos a las órbitas de los pudientes: nuestro estar en el mundo tenía un sentido inverso al de esa gente que se adscribía de otra forma al tiempo, pero de ninguna manera había angustia en nuestros corazones. Sólo teníamos la estrecha sensación de que, pese a que algunas cosas se perdían

constantemente, la nueva madrugada vendría a rescatarnos. De tanto en tanto tirábamos monedas al suelo para hacerlas tintinear, y nos decíamos que cuando juntáramos bastantes de esos sonidos, compraríamos algo.

Durante los amaneceres un pálido polvo que surgía frente al sol se nos pegaba a los labios, y nos levantábamos con un hambre que nos devoraba al alma. Este nos desintegraba, rompía en pedazos a nuestras historias, y en la calle abría abismos sobre los empedrados. Aunque morábamos en ese rincón de la Ciudad, éramos ignorados, gente que no era tratada como miembros de la vecindad, sino como fantasmas que conseguían dejar algunas huellas. Lo nuestro eran trucos de magia que se disiparían pronto. Y yo no tuve más que admiración hacia la mujer que sacaba harina real de silos imaginarios, y nunca permitió que quedaran rematadamente vacíos nuestros estómagos.

Ofelia construyó a una realidad extremadamente simple a partir de su intuición. En las noches nos iluminaba con sus pasos (aún sin contar con pilas en su linterna). ¡En este mismo instante, afirmo que el futuro nunca atentó contra nosotros, pero tampoco fue ajeno o sin culpa! Una vez, Ofelia señaló que vivir era darle un significado a la muerte. Por lo que le pedí que se detenga y explicara a la perfección que quiso decir con ese artificio que había vertido de una manera distante, casi provocativa, y me generó una verdadera ansiedad por saber.

Me enfrente con ella para indagar acerca de las fuentes de esa sorpresiva revelación. Lo hice con sequedad en mis labios, un afanoso temblor, y con mi frente hundida en mi mano derecha. Esas palabras habían salido con una brevedad infinita de sus ensimismados pensamientos. ¿Acaso había presentado al gran conjunto de sabidurías en una única sentencia? ¿Había tirado la piedra y escondía la mano, o se trató de una mera casualidad?

Ella se limitó a decir que esa frase tan llana no era inútil ni impersonal. Luego, con el silencio reconquistando a cada centímetro de su faz, nos volvió a dirigir sus cariñosas miradas que nos hacía sentir tan seguros. No hice nuevas indagaciones a pesar que la indecisión me llevó a sacudir la cabeza. Y me puse a lavar las cacerolas para permitir que se disipara de mi mente lo ominoso que habría dicho. Yo creo que quiso decir que el temor es algo que hay que naturalizar, y que si uno vive, debe aceptar como a una ciencia exacta qué siempre está a punto de morir. Sin dudas, esa fue su sutil animación a que encontráramos el verdadero sentido de la existencia.

Había sido el padre Raun quién nos aclaró que la mitad de las cosas han sido explicadas con precisión, y la otra mitad algún día será contada... porque si ahora la supiéramos, se anularía nuestra ya angosta percepción del tiempo. Es decir que había que esperar que pasen noches y días (en una densa congestión) para saber en detalle cuales eran las medidas que

tanto temíamos y nos habíamos obligado a respetar. Esperábamos con sudor en las sienes, o bañando nuestras mejillas con los colores del sol, sin entrecruzar diferencias entre lo súbito que pasaría y aquello que era constante. El padre quiso exaltar al misterio al dejar explícito que la noche era un proceso que daba luz al día, lo que más que una causalidad ordenada y repetida, era un majestuoso milagro (luego nos daba su unción mientras nos persignábamos). También otorgaba la señal para que expresáramos nuestros anhelos a través del canto de caudalosos hosannas.

Todo había sido examinado por el Creador que no dormía ni tenía necesidad de despertar. No nos ocultábamos de Él ni teníamos la absurda sospecha de que no existía, es más, cuando presentíamos su presencia, la pobreza no nos laceraba tanto. Nos reuníamos con la numerosa grey con la intención de alabarlo, y pedirle que rompa a la red en la que nos atrapaban nuestros pensamientos siniestros. Al apoltronar sus inabarcables enigmas sobre nuestras cabezas, el buen Padre Celestial endilgaba un valor superior a nuestras lastimaduras.

Por entonces nos tranquilizaba oír las voces de la concurrencia que se elevaban al Cielo, y nos convencíamos que la edad de la propiciación estaba a punto de llegar. Era claro que aún la más grave enfermedad obtenía por su Gracia una justificación bondadosa. Los hombres que se arrodillaban en la iglesia sabían que aún lo más asolador encubría a una serena respuesta.

Con su ovalada cara triste, Raun observaba que sus ovejas no flaquearan. Reconocía a sus pobres y fluctuantes obras al extender durante los Servicios a variados aleluyas con que construirían espíritus fuertes. Más tarde, dejaba de hablar maravillas e iba al mercado para cargar sus cestas; no era que tuviera festines, pero no dejaba que las magníficas inquietudes espirituales dispersaran a su apetito.

Su simpleza consistía en hablar durante el día y callar cuando el cielo tomaba tonalidades escarlatas. Ensalzábamos permanentemente a Dios y alzábamos nuestras frentes en su imperturbable presencia. Manteníamos los dedos en las cuencas del rosario, y pedíamos protección a santos o apóstoles que estaban metidos en las sombras, medrosos a que los tumbara algún papanatas que debido a la neutralidad propia de la oscuridad se les cayera encima.

En sus sermones, el Padre Raun entendió que todavía había que perder, y subir por muchas escaleras, pero si bien la vida podía ser muy frustrante también era una misión que era necesario santificar. Nos veíamos como habitantes de una Ciudad cuyos edificios tenían balcones de hierro. y no de los mares que aparentaban tener unidad, pero eran indeterminados. Nos sentíamos obligados por una alta voluntad a hacer el

bien, y pronunciarle oraciones de gratitud.

El padre hablaba del Secreto, la Hermandad, y la Maestría, haciendo representaciones simbólicas que yuxtaponía con acontecimientos recientes. También, decía que, en la Nueva Era, lo anticuado quedará hundido en la nada cómo las imágenes en los espejos, y lo nuevo adquirirá fachadas de edificios espectaculares. Como éramos la única generación viva, teníamos el vigor de nuestros intelectos, los senderos que nos proponían los ojos, y las venas repletas con sangre, por lo que nunca haríamos retrocesos ni nos ahogaríamos en las medias tintas.

El Padre Raun no usurpaba al mando, sino que declaraba lo que iría a ocurrir de manera ininterrumpidas y febril. Si teníamos suficiente fe como para quitar de su lugar a las montañas, estas, al menos, se desmenuzarían en pequeños trozos. Y si eso no bastase, con rezos invasivos nos burlaríamos de las espeluznantes ambiciones de los incrédulos.

El padre Raun espiaba al mundo de árboles que tenían ramas que se doblaban a la izquierda o a la derecha; ese minucioso ejercicio moldeaba a sus ánimos: lo hacía dolorido y le creaba brotes de pasión. Leía los santos versículos con miradas apaciguadas o abrillantadas, su principal estridencia era hacer rondas incesantes por el púlpito y nunca cesar de pensar. Observaba a las profundas maravillas y a aquello que de continuo tergiversaba el diablo, que había hecho que el hombre abandonase el estado de alerta y se despreocupara. Además, nos confesaba frente a los radiantes colores que exudaban los vitrales, y con algo de fatiga nos declaraba libres.

A lo que existía fuera de los atrios de la iglesia, el padre Raun lo juzgaba negativamente, y no ahorra hacer críticas espeluznantes a los que se alejaban de la Iglesia, aquellos que afectados por los tiempos modernos medían a las falsedades como buenas, y adquirirían las destrezas de los lobos que desconocían la dulce voz del pastor, y se dedicaban al robo y la rapiña (aunque en apariencia no hicieran nada de eso). Asimismo, denostaba a la arquitectura de algunos edificios que parecían estar en guerra con el sentido común, consideraba que fueron hechos de forma tempestuosa y deplorable. La belleza parecía algo pasado de moda (según lo que una vez había dicho).

Para mi hijo Jeremías la belleza era salir adelante, de nada valía debilitar al corazón por no moverse. Machacaba que no existía tal cosa como la "verdad" y sus demostraciones prácticas incluían ruidosas amenazas sin motivo, o escupir amargos salivazos sobre muros impolutos. Expandía su odio a los gritos contra aquellos que se sentaban en la sombra y no querían mantener reyertas. Ir a la iglesia le parecía un gasto de energía reprochable; rechazaba que le inculquen lo que llamaba "nociones imaginarias" y ser disuadido por "curas histriónicos". Había alcanzado la

cúspide de su rebeldía, y desestimaba a la “hipotética eternidad” que recibiría si mostraba algunos gestos de delectación al oír las historias expandidas por el padre Raun, al que juzgaba un sujeto musgoso.

Este le aconsejaba que no se apocara frente a sus sermones, y que adquiriera místicas inquietudes. Ante esa bondadosa embestida, él se declaró el apóstol de las grandes dudas y miró con un tedio colmado con profanación, al horizonte del altar con sus bellas esculturas. No quería detenerse para meditar en lo asombroso, ni confesar con gratitud, ya que entendía como un simposio relativo el tener que hacer absurdas exposiciones de pecados. Eso era una eficaz metodología para incrementar su alejamiento de Dios. Con sus pensamientos impuros descreía de la posibilidad de su Presencia. Él preveía cómo debían ser las cosas y punto. ¡Refutaba al padre Raun, y aplicaba fórmulas que no eran las que fueron enviadas desde esferas celestes! Esto, a pesar de que su madre lo había criado bien, y yo jamás le aconsejé que guardara en su bolsillo un puñal envenenado.

Jeremías cerró a esas sesiones con fuertes palabrotas, y rotuló al Padre Raun como un viejo estúpido. No lo reverenció, sino que le adjudicó ser la peor carroña del mundo. Ese día su temperamento alborotó estrepitosamente a ese hombre... y sé que aún hoy Dios no lo perdonó aquel terrible pecado.

Le dije al padre Raun que Jeremías a veces maldecía, y no siempre le daba honores por su labor profética. De hecho, se había contrapuesto a sus buenas virtudes, mofándose con una sonrisa cruel de su autoridad espiritual... y eso era semejante a romper a un fino cristal o derramar la sangre espesa.

El fuego de la santidad se había apagado de su alma, y prefirió mirar para otro lado. Yo, como su padre, no pude transformarlo, aunque le proporcioné el conocimiento de que si nadaba en aguas quietas nunca se ahogaría.

Cuando aún era adolescente, tuve que cerrar mi puño fabuloso sobre su nariz para que callara, y no siga dando la nota cuándo íbamos al templo. El padre Raun que presidía al celestial orden y almacenaba sus conocimientos, y de ninguna manera era quien esparcía en nuestras mentes a desvaríos. Ese hombre fue insultado como si la suya no fuera una tarea extraordinaria, o no buscara la conversión de lo que era vago o tenía un escondido perfil. Jeremías se había expresado acerca de él con malicia y sin temer quedar sordo por los gritos que pegaría su conciencia. Descartó que los símbolos que el padre manejaba eran la utilitaria forma en que Dios elegía manifestarse a diario.

Con paciencia le dije que, para crecer, había que estirar bien el cuello durante los sermones y decir amén sin fastidios. Porque esas

lecturas estaban destinadas a los escogidos que admiraban lo que había hecho el Espíritu Santo en tiempos en los que aún no eran corregidos los hombres por las instituciones eclesiásticas. Redondeando mi exposición, le agregué que no existía el llanto decoroso ni alguien que se muriera estando sano. Le puse toda mi sabiduría en la mesa para evitar que siguiera progresando en mezquindades. Y de tanto hablarle mi voz dejó de ser rugosa y se fue aflautando. Por lo que al final callé, y al llegar a ese puerto ya no le puse objeciones.

A lo largo de su vida le había señalado con plenitud de ejemplos, que la Ciudad nada tenía que ver con el poblado "Las Ciénagas", de dónde éramos oriundos, y en donde cada día habíamos cargado a utensilios reales y simbólicos con el fin de cruzar los campos con venturosas perspectivas. Nos ateníamos a lo simple, pero estábamos acorralados; aguardábamos dichas venideras mientras arrastrábamos nuestros pies entre las mustias hojas que caían de los árboles. Y nunca fuimos chupados por vórtices malvados ni por estrafalarios sumideros; sólo procurábamos que nuestros festejos no fueran tristes, ni que a causa de dar rienda suelta a las vanidades se nos fueran acercando las congojas. Le dije que desafiábamos a las maquinaciones del maligno que quería tomar nuestras almas, aplastarnos en el lodo, y adoctrinarnos en las bondades de su temeridad (porque el diablo se disfrazaba de ángel bueno, de monje, o de hombre con escalofríos morales, para que danzásemos frente a sus piedras preciosas). Satanás era horripilante, pero se hacía pasar por bello.

A partir de la abdicación de la lisura que habíamos hecho al abandonar "Las Ciénagas", supusimos que crearíamos una ambición que nos haría poderosos. Jamás habíamos retrocedido pese a que tuvimos que atravesar infectados lodazales. Se nos ha acusado de no tener importancia e incluso de no pertenecer a las mismas cronologías. Por lo que eludíamos la tenebrosa actitud de los que nos miraban con inquina, y nos ubicábamos dentro de la ubicuidad. Sin embargo, esto fue lo que arengó Jeremías al padre Raun:

- "No se encuentran signos de Dios ni en el oro ni en el barro (qué por lo demás me son indiferentes), porque el azar es la materia que compone al tiempo, y no existe ningún mito que pueda ser definido cómo razonable". Se creyó un filósofo sabio, pero fue alguien irrespetuoso hacia quién ejercía el Ministerio. Rápidamente tomé la decisión de atajar desde el vamos a esas observaciones impúdicas, y cuando nos adentrarnos por el camino de regreso lo obligué a cerrar la boca: le crucé una bofetada en la cara en concordancia con lo que corresponde hacerle a los ignorantes.

II

A las nueve y cuarto de la noche las calles de la ciudad nos servían cómo ilimitadas minas en donde extraíamos las basuras de

los contenedores. En un abrir y cerrar de ojos no encontrábamos pepitas de oro ni perlas, pero sí a algunas bienaventuranzas reciclables, cositas con que piloteábamos las constantes tormentas que nos atracaban, augurios que, pese a no ser sostenibles, nos hacían felices. Nuestra especialidad era transitar por las superficies urbanas con una carreta manuable. Nuestros dominios se correspondían con barrios elegantes; buscábamos delicados objetos que estuvieran tapados por lo repugnante, lo que parecería oscuro, pero al fin de cuentas era transparente. Nos ramificábamos por manzanas hacia donde nuestras piernas, o las mariposas que revoloteaban alrededor, nos llevaban.

Esa era la rarificada fábula que nos abría cada amanecer. No quiero jactarme de mi trabajo, pero con mucha eficiencia liquidaba a misceláneas de desechos. Solía dilucidar aquello que encontraba al paso con una mente despierta; con detenimiento observaba a lo que estaba a mi alcance, los océanos de basuras y a los tesoros que estos escondían. Nunca seguí rastros falaces, y concentré a mi pujanza en revertir la dureza del pavimento, y encontrar lo que brillaba a pesar que no se notara desde la lejanía.

Esa misma vehemencia vocacional había llevado a Jeremías a aventurarse en forma solitaria, avanzaba por tabuladas áreas prohibidas; iba por zonas excesivamente coquetas como un simple ciudadano que pavoneaba su pobreza con orgullo. A nadie preguntaba nada, y se acercaba donde las moscas armaban un festín para ver qué cosa de valor le sonsacaría a la nada. Y decía que ese era su presente y la narración de su pasado, pero no su futuro ni la nada improvisada interpretación que de este hacía.

Con estoicismo invadía todos los contornos, a sabiendas que más allá de las suciedades de la tierra se alzaban las sugerencias del horizonte. Jeremías tomaba considerables riesgos para traer un poco más de dinero a la casa. Su ímpetu era excepcional; vibraba con reciedumbre y entereza mientras dibujaba su camino con pies que aplastaban fuerte a pastos y las trozadas piedras que se le interponían. Su temeridad resultaba un patrimonio sensato ya que era lo único que poseía. Mi enardecido hijo que despreciaba las quimeras era muy responsable (en contra de lo que parecería, había heredado al sentido crítico de la responsabilidad). Debajo de los altos pilares de las autopistas se desprendía su figura eléctrica que nunca se plantaba con la boca abierta. Por entonces me dije que era un joven dado al trabajo al que le bullía la sangre frente a las injusticias.

Nunca pensé que su independencia nos remitiría a una incomodidad ya que entendía que su labor era más dura que tirar abajo a una montaña. Pero no lo apañaré con la intención de que el lector no crea que fui feliz con su desempeño.

Digo que no nos habíamos conformado dentro de las prohibiciones y las arcanas historias de policías que hacían redadas, que ya nos habían

sacado de quicio (estos nos dejaban trabajar despreocupados, y ni siquiera nos tomaban en serio). Igualmente, nos atábamos a esquinas estratégicas y convergíamos para hacernos más fervorosos y demostrar que nada nos infundía la imprecisión que daba el miedo.

A menudo Jeremías lanzaba una salva de gritos. Y se le escapaban algunas palabras que no marcaban diferencias entre lo que quería decir y a quién quiso insultar (sólo era el cuidado con que evaluaba al canon de lo que había que hacer). Estaba al tanto de todo, o, mejor dicho: la indiferencia era tan nula en su mente como la fatiga en su cuerpo. Por entonces llamaba a su novia a cualquier hora por teléfono pidiéndole que se retraiga de algo que le había dicho, o que le mande un beso. Luego le aullaba porque se sentía malhumorado al oír ruidos como el producido por el cristal de una ventana que reventaba tras el impacto de una bala cerril (se había acostumbrado a pensar de acuerdo a esas ásperas continuidades).

III

"No hay nada más espléndido que el mar, y es algo que nunca tuvo una cima". Me dijo mi hermano Patricio, al describir un proyecto que mentó desprovisto de categorías caóticas, desorganizadas, o de inclemente aleatoriedad. El mar era un plano sin discordancias, y la montaña una forzosa aplicación de irregulares alturas. Las consecuencias de extraviarse en ambos eran la extenuación, y cualquier hombre espoleado por el desinteresado motivo de comprender, a menudo se deslizaba por esas superficies sin saber cuáles eran sus metas o si estas reunían caracteres superfluos. Nos materializaríamos en un esfuerzo inmenso que, si no llegáramos a tiempo, se transformaría en una terrible amenaza. El verdadero hombre avanzaba, aunque esto produjera una crítica brutal y hasta una condena escrita.

Mi hermano solía hablar de su utopía con mi hijo, y yo lo satirizaba con benigna actitud ya que sus proposiciones no estaban enfocadas dentro de los marcados designios de Dios, sino en las destempladas demandas del mundo. Sin embargo, sus argumentos eran sapienciales, a pesar de estar atravesados por la desaprensión y, quizás, por una burda admiración a los adinerados. Y me administraba fieles recuerdos familiares que no generaban contaminación alguna en mis ánimos, y fueron muestras de su maestría en convencerme. Como hermano mayor velaría por nosotros y nos prepararía un futuro fructífero.

Cuando Patricio se refería a las vastas fortunas que conseguiríamos, sus rasgos se plegaban en configuraciones beatíficas. Y yo solo debía pararme en un balcón de lustrosas barandas, y cuidar de que no hubiera inconsecuencias entre lo pasajero y lo que debía mantenerse dentro de lo insigne. Jeremías me aseguró que mi jugada certera consistiría en esperar que su cumplieran los plazos, porque lo peor que podía pasar al

hombre cuando se enfrentaba con los horarios, era la dejadez. Arremangaría a mi robusto cuerpo con la idea de constatar que las bonanzas se aglutinaran firmes frente a nuestros ojos, lejos de los equívocos, distracciones, o arbitrariedades difíciles de clasificar.

Pese a no tocar tópicos absolutos, los pensamientos de Patricio reflejaban su escurridiza inteligencia, esgrimía a su especial amabilidad al referirse al control que Jeremías haría de las operaciones. Comparó lo que haríamos con el desmesurado trayecto de un barco, que creaba provisionales caminos en los mares de acuerdo a las señales que emanaban del capitán. Fragaría hasta lo que debía detenerse y postergarse, porque con sólo mirar la pantalla de su computadora estaba al tanto de todo. Tendría suficiente libertad para girarnos fondos, y eso lo dijo con una contenida furia que lo hizo sonar muy convincente.

Dejaría pasar a algunas tardes y con un renombrado séquito, visitaría puertos de encandiladoras luces en donde trabaría conversaciones óptimas con algunos nativos, luego indicaría las tareas a realizar mientras advertiría acerca de las decadencias que caían sobre el hombre que se quedaba obnubilado. El desánimo nunca nacería de nuestros espíritus.

Patricio habló de elevadas sumas, y de corregir nuestras fagocitaciones antes que las horas fueran trincadas por más falacias. La prosperidad se haría accesible sin apelar a desenfados. Le dio mucha importancia a las deliberaciones que hacía con fines expeditivos. "Los planes no pueden fracasar si reunimos la suficiente capacidad logística", dijo con un tono que jamás se alineó en la ironía. Los tres forjaríamos una compañía especial para no seguir siendo unos pobretones.

Ya dije que soy el padre de Jeremías, el esposo de Ofelia, el hermano del Patricio, pero nunca dije que mi nombre completo es Natalio Meguez (el único resabio que me dejaron mis padres que también fueron trabajadores rurales). Soy un hombre que siempre navegué las aguas con la brújula de mi conciencia, y fui capaz de enfrentarme a millones de demonios y a los problemas que con sus artificios estos crearon. Y supervise lo que, gracias a las abundantes faenas de Patricio, llegaba con sellos de su país de origen.

Diariamente contemplé al mundo desde la terraza del galpón. Ahí esperaba la llegada de cargas importantes y verificaba la exactitud de sus números. Deslumbraba con mi postura de patrón, y el temple de un hombre de fe que no se entregaba al lujo ni a las rencillas. Había una nota de severidad en los pliegos cansados de mi rostro.

Repito que soy el padre de Jeremías, y no el de una bestia, y no tuve nada que ver con la poca honrosa resistencia que hicieron sus esbirros. Porque en una noche en la que no atisbaban violencias, se vieron rodeados por fuerzas policiales que salieron de sus habituales

retramientos con la intención de modular algo así como una batalla. Los hombres de Jeremías se les enfrentaron dentro de ese contexto que dejó de ser el de un comercio particular de mercaderías para convertirse en un baño de sangre. No recuerdo (ni siquiera retengo una imagen borrosa) a la estructura que habían armado, o cómo se enlazaban, o quienes tenían que traer las mercancías y aquellos cuya función era distribuir las en los mercados. Sólo me había encadenado a una vigilia de buena voluntad en un depósito en el que trabajaba media docena de jóvenes, y en donde Jeremías me había hecho tal fama, que estos me apodaron "el Teólogo".

Fin